

PABLO Y LOS EXCURSIONISTAS

Pablo era un chico de quince años que vivía en un cortijo apartado de una región montañosa. Diariamente se levantaba con el sol para ayudar a su padre con el ganado ya que, como él, era pastor. Cada mañana sacaba las ovejas al campo donde pasaba la mayor parte del día por lo que conocía cada rincón de la montaña, cada hierba, cada arbusto,... Todo era familiar para él.

Un día, mientras contemplaba una hermosa puesta de sol vio a un grupo de chicos que subían al monte para acampar. Parecían algo perdidos y, al ver a Pablo con su rebaño, se acercaron a preguntar cuál sería el mejor lugar para pasar la noche. Muy amable, aunque algo extrañado, les indicó que detrás del monte había un sitio estupendo con un pequeño manantial y aprovechó para preguntarles qué hacían allí.

Los jóvenes explicaron al muchacho que eran estudiantes y que debían realizar un trabajo “fin de carrera” sobre las plantas del monte por lo que acudirían a la zona todos los fines de semana que quedaban hasta que terminará el curso. A Pablo le entusiasmó la idea de que al menos no estaría tan solo en la montaña durante ese tiempo por lo que se ofreció a ayudarles en lo que necesitarán puesto que estaba todos los días cerca de allí.

Caída la noche, Pablo regresó a su modesta casa. Apenas pudo dormir pensando en la posibilidad de hablar de sus grandes “conocimientos” sobre el monte con jóvenes de una edad próxima a la suya, hecho nada habitual para él ya que vivía rodeado de gente mayor, casi en soledad. Al día siguiente, salió temprano como siempre y, al poco rato, tropezó con los estudiantes que iban cargados de libros, carpetas y bolígrafos tomando notas de todo lo que observaban.

Después de saludarse, Pablo les preguntó qué tipo de trabajo tenían que hacer. Ellos le enseñaron sus apuntes y el pastor miró extrañado aquellos garabatos que no entendía. Los estudiantes, asombrados, comprendieron que no sabía leer ni escribir por lo que el muchacho

confesó que la escuela estaba muy lejos y que desde pequeño ayudaba a su padre con el ganado. Es más, nunca había tenido un libro porque su familia decía que no era necesario porque no iba a saber leerlo.

Todos se miraron asombrados. Era muy joven para hablar de ese modo, todavía tenía tiempo de aprender y así se lo dijeron. Entonces, Pablo que era muy despierto, preguntó qué podría hacer si supiese leer o cómo podría aprovecharlo en el monte.

Los chicos le explicaron que si supiese leer y escribir podría anotar todos los conocimientos que tenía sobre el monte, hacer mapas con los lugares más bonitos de su entorno e incluso escribir cartas para concienciar a otros sobre el deterioro que la montaña pudiera sufrir.

Pablo, sorprendido y animado por lo que acababa de escuchar, decidió en ese momento que aprendería a leer pero ¿cómo lo haría? ¿Quién le enseñaría?... Y entonces tuvo una gran idea, les propuso a los chicos que les ayudasen.

— ¿Cómo? — preguntaron ellos.

— Vosotros me enseñáis a leer y escribir y yo os diré todo lo que sé de la flora de la montaña —respondió el muchacho—. Seguro que os podré enseñar cosas que los libros no dicen porque las he aprendido de mi padre.

En efecto, los fines de semana siguientes los jóvenes realizaron lo pactado e intercambiaron sus conocimientos. Con el paso de los meses, Pablo ya podía leerles a sus padres aquellas cartas que su familia del extranjero siempre les escribió y que nunca pudieron contestar.

Alba M^a. Gómez Barros

LA SOLEDAD DE SARAH

He llegado a España. La familia con la que iré ahora vive en Madrid. Para llegar aquí he tenido que montar en avión. Ahora mismo estoy en el aeropuerto, me dijeron que un hombre llevaría un cartel con mi nombre, pero no lo encuentro. Aquí hay mucha gente con carteles pero, claro, yo no sé leer. Es imposible que me encuentre, nunca me ha visto y yo tampoco a él.

Voy a salir fuera, creo que sabré llegar. Me dijeron que si por cualquier motivo no sabía llegar, saliera fuera y subiera en un coche blanco que parece esperarme. Estoy buscándolo. ¡Ah! Allí parece que hay uno parado. Me he subido.

— ¿Hacia dónde vas, chica? — me dice el hombre que conduce.

— Al metro — contesto yo. Me explicaron que le dijera el metro al hombre que conducía.

Aquí, parece que hay mucho más tráfico que en mi país. ¡Hasta las mujeres conducen! España es un país extraño. Parece que hemos llegado ya. Voy a seguir a toda la gente que baja las escaleras, seguramente allí estará el metro. Me dijeron que cogiera la línea número 1. ¿Cuál será? A mí todos los vehículos me parecen iguales... Voy a preguntar.

— ¿Perdone? — digo a una señora que pasa.

No obtengo respuesta. Lo intento más veces. Nadie contesta. Parece que todo el mundo tiene aquí mucha prisa. Un hombre vestido de azul se está acercando ¡bien! Me ha preguntado qué línea quiero tomar.

— La línea 1 — le digo al hombre de azul, muy amable por cierto.

Una vez subida en el metro, una mujer ha anunciado el lugar donde estamos. Menos mal, esta vez no hay que leer nada. Cuando la mujer ha anunciado mi parada, me he bajado. Ahora estoy por la calle de Madrid.

Según me dijeron, una vez en la calle tendría que doblar a la derecha pero ¿cuál es mi derecha? Nunca me lo han enseñado. ¡Oh! Creo que me dijeron que la casa estaba frente a un colegio. Voy a buscarlo.

Ahora que me fijo con más detenimiento, las mujeres en este lugar no van muy tapadas... ¡En mi país eso es impensable! Y además, no hay hombres acompañando a las mujeres. Sigo pensando que España es un país extraño.

Después de andar mucho, he visto el colegio. Hay muchos niños..., pero también niñas. En mi país, las niñas no podemos ir al colegio. ¡Qué raro! Seguro que no estoy viendo bien. Como las envidio..., me encantaría poder ir a la escuela. Seguro que si hubiera ido, ahora podría encontrar la casa de mi nueva familia sin problemas.

Frente al colegio, hay varios bloques de pisos... Me dijeron que era el número 1 ¡Genial! Ahora sí se cual es el número 1 porque he memorizado su imagen al ver en el metro la línea 1. El problema ahora es que hay gran cantidad de botoncitos con símbolos al lado, me pregunto cuál será el de mi familia... ellos me dijeron que era el 4° A pero yo no entiendo eso. Voy a llamar a uno cualquiera, seguro que me dirán dónde vivía... ¿cómo se llamaba? ¡Sí! ¡Esther! Mi nueva mamá se llama Esther. Llamo a uno cualquiera.

— ¿Sí? ¿Quién es? — dice una voz femenina, parece mayor.

— ¿Esther? — pregunto.

— No, perdón, se ha equivocado. Esther vive en el 4° A.

Ha colgado. ¡Nunca sabré cuál es ni casa! ¿O sí?

— ¿Sarah? — pregunta una voz detrás de mí. Es una mujer y me ha llamado por mi nombre.

— Sí, soy yo...

— ¡Sarah! ¡Menos mal! Venía de comprar... ¡Qué alegría tenerte en casa! Yo soy Esther, tu madre. A partir de ahora vivirás aquí. Ven, pasa, pasa. ¡Ah! Este verano tu nuevo hermano Dani te dará clases. Seguro que la próxima vez podrás leer el cartel que Luis llevaba en el aeropuerto. Pasa, te voy a enseñar tu nuevo hogar.

Marta M^a Blázquez Martín

LA HISTORIA DE DOS NIÑOS

Mocca y Mario nacieron en 1989. Mocca era el mayor de siete hermanos de una familia pobre en una pequeña aldea de Zimbawe, sin electricidad ni agua potable. Mario era el hijo único de una familia de clase media de Sevilla.

Los niños de la aldea de Mocca empezaban a trabajar desde muy pequeños y él no iba a ser diferente; tuvo que ponerse a trabajar con su madre porque era la única fuente de ingresos que entraba a casa. Mario empezó a ir al colegio a los tres años y a los seis ya sabía leer y escribir; nunca tuvo que preocuparse por el dinero ya que sus padres tenían trabajo y le daban todo lo que necesitaba.

Al cumplir los dieciséis años, Mocca decidió abandonar su aldea y marchar a la ciudad para encontrar un trabajo con el que poder mantener a su familia ya que vivían en la más absoluta pobreza; no tenían dinero ni para la comida. Mario seguía formándose y estudiando lo que le gustaba; además, salía los fines de semana con los amigos al cine y a divertirse ya que, en realidad, no tenía problemas.

Al terminar el instituto, Mario decidió hacer un módulo de informática. Cuando lo acabó encontró un buen trabajo y pudo independizarse. Mocca, en cambio, nunca encontró trabajo porque, pese a tener una inteligencia parecida a la de Mario, no sabía leer ni escribir; nunca había tenido la oportunidad de aprender.

Un buen día, Mario vio en su televisión un reportaje sobre la alfabetización y la pobreza en África. En ese momento cogió un trozo de papel y un lápiz y anotó las direcciones que allí se daban. Lo tenía decidido, colaboraría con alguna ONG española que tuviesen campañas de alfabetización en Zimbawe. Él no era maestro, pero podía enseñar lo que sabía. Así que tres meses después se fue a una aldea de Zimbawe, sin electricidad ni agua potable.

La ONG con la que Mario colaboraba había construido una pequeña escuela que le recordaba al colegio de su infancia pero, pese a los años transcurridos, ésta estaba muchísimo pero dotada que su “cole” de entonces. Aunque esto provocó en él un gran impacto, Mario se

sentía muy a gusto con los jóvenes que iba conociendo entre los que ya empezaba a hacer grandes amigos. Uno de ellos se llamaba Mocca, un joven de su edad.

Mario permaneció dos años en la aldea hasta que tuvo que volver pero, pese a su regreso a Sevilla y su vida en España, Mocca y él mantuvieron siempre el contacto escribiéndose largas cartas.

Como todos los meses, Mario recibió carta de Mocca en la que éste le daba detalles de su nueva situación ya que había buscado trabajo en la ciudad próxima a su aldea y había encontrado uno bastante bien pagado gracias a la educación recibida de la ONG durante los dos años. Ahora, ganaba lo suficiente para pagar una casa a su familia con baño y dormitorios para él y sus hermanos y, lo más importante, su familia no tendría ya que pasar más hambre.

Mario se conmovió tanto con los logros de su amigo que decidió dejar de nuevo su vida confortable en España y volver a Zimbawe porque comprendió que era más feliz si ayudaba a la gente a salir de la pobreza que si se quedaba en su país llevando una vida llena de estrés y preocupándose de cosas que, en realidad, no eran tan importantes.

M^a Teresa Luzón González

UNA TAREA PENDIENTE

Julio es una persona alegre y contenta con su vida, aunque haya sufrido percances como cualquier persona de su edad. Él es un anciano ya que acaba de cumplir setenta y dos años y, hoy por primera vez, se da cuenta de una realidad que le ha acompañado a lo largo de su vida, una realidad triste y difícil de resolver.

El día que cumplió los años, decidió alcanzar de encima del armario una caja que contenía recuerdos, retales de su vida. Sonreía cuando encontraba una foto olvidada, se entristecía cuando pensaba en los que ya no estaban... Eran viejos recuerdos de hechos felices y

de otros no tan dichosos. De pronto sus ojos se detuvieron en un pequeño paquete amarillento que el tiempo había deteriorado.

— ¡Las cartas! Recuerdo especialmente la forma de estas cartas y su maravilloso tacto — dijo él.

Esas cartas eran el testimonio de una vida pasada que dejó atrás, una vida feliz pero a la vez dolorosa. Eran las cartas de Rosalía, una bella mujer, preocupada por ayudar a los más necesitados. Si los demás eran felices, ella también era feliz.

Julio abrió una de las cartas que, pese a los años, no había perdido la dulzura con que fueron escritas y ese aroma de alegría. Contempló los signos escritos en ellas pero seguía sin poder descifrarlos porque Julio era analfabeto.

En su juventud hizo la “mili” como otros muchos jóvenes y, cuando Rosalía le mandaba una carta, él le pedía a un compañero que se la leyera; después, le hacía responder a un amigo haciéndolo pasar por él. No se sentía bien haciendo esto, pero... ¿qué otra cosa podía hacer?

Julio tenía un nieto, Álvaro, que ayudaba a su abuelo en lo que éste le pedía. Esos favores consistían en leerle el periódico, las cartas del banco,... El día que Julio cumplió los años le encargó a su nieto que le enseñara a leer y escribir ¡Ya estaba bien de depender de los demás!

Un año y medio después, Julio era feliz. Estaba a punto de cumplir su sueño. ¡Podría leer las cartas de Rosalía y contestarlas él mismo! Era lo que siempre había soñado, sin amigos que lo hicieran por él, sin nadie que conociera su intimidad ni los secretos de Rosalía.

Julio empezó a leer una de las cartas que decía así:

Querido Julio:

Hoy ha sido un día maravilloso porque Sophie, la niña africana de la que te hablé en pasadas cartas, ya está mejor y esta mañana se ha puesto a leer y escribir durante un ratito. Si la vieras, estarías tan feliz como yo.

una de cada cinco personas no puede leer este texto

También tengo una gran tristeza porque me siento un poco vacía, algo que ningún niño o niña de aquí puede remediar. Sólo existe una persona en el mundo que pueda llenar ese hueco y ese eres tú.

Ardo en deseos de verte, pero como bien sabes, mi sitio está aquí, ayudando a estos pobres niños sin familia, si nada. Porque por muy sola que me encuentre sin ti, ellos están aún más solos.

De todas formas, pronto nos veremos, mi amado Julio... Pronto nos veremos, no lo dudes.

Besos.

Te ama, Rosalía.

Julio no pudo contener las lágrimas. Respondería a todas las cartas de Rosalía, a la misma dirección de entonces, aunque ella ya no estuviera allí.

José Martín Ruiz Ruiz

EL MÁS SABIO

Los jefes de una gran empresa de conservas vegetales estaban viendo cuál sería la forma más eficaz y rápida de explotar sus tierras por lo que decidieron organizar un concurso y ver quién conseguía una cosecha de gran calidad, en un periodo de tiempo determinado. Como premio, al ganador le concederían un deseo.

Aunque la respuesta fue masiva, la empresa sólo escogió a tres personas. El primero era un estudiante con la carrera recién terminada, especialista en el análisis de los componentes de un terreno; el segundo era un biólogo muy famoso y el tercero, Antonio, era un simple abuelillo sin estudios. A los tres les dieron un año para conseguir una buena cosecha de gran calidad.

Los tres concursantes se pusieron rápidamente en marcha. El estudiante y el biólogo se fueron a ver qué tipo de tierra sería la mejor, cuál era la verdura que crecía con más vigor, qué productos tenían que echarle, cuál era el clima más propicio para su crecimiento,... El tercer

conкурсante, el abuelo, no conocía las marcas de los productos, ni los componentes geológicos del terreno ya que nunca fue al colegio, es más, ni siquiera sabía leer los nombres de las etiquetas. Sin embargo, se había pasado toda su vida en el campo y conocía la vida del campesino mejor que nadie ya que, de joven, sus padres no le pudieron mandar a la escuela y lo pusieron a ganar un jornal.

Pronto, Antonio empezó a arar la tierra y a sembrar con mucha maña y entusiasmo. El estudiante y el biólogo se pusieron también manos a la obra pues ya tenían todos los informes. El concurso había comenzado.

A los cinco meses, el estudiante muy cansado de trabajar la tierra todo el día, dimitió. Tres meses más tarde, las cosechas de Antonio y del biólogo eran bastante grandes pero aún les quedaba la parte final y la más delicada. El abuelo no paraba y siempre, antes de que saliera el sol, ya estaba entregado a su cosecha. Daba gusto ver la cara de satisfacción que tenía mientras trabajaba el campo.

Cuando acabó el plazo del concurso se comprobó que el biólogo sólo había recogido la mitad de lo esperado porque había plantado demasiado. El abuelo, en cambio, recogió todo lo plantado y en su punto.

Los jefes evaluaron las dos cosechas y vieron que las verduras de Antonio tenían un sabor diferente de las del biólogo, el sabor de siempre. El biólogo no podía creer que le hubiese ganado un hombre que no sabía leer ni escribir.

— Yo he entregao mi via al campo y, aunque estoy arrepentío de no saber leer ni escribir, he salío adelante en la vida— dijo Antonio.

Cumpliendo con su parte del trato, la empresa preguntó a Antonio cuál era su deseo. Él contestó que, aunque ya tenía 82 años, lo que le había impedido desenvolverse bien en la vida era no saber leer. Su deseo era que le enseñaran ahora. La empresa realizó lo pactado organizándole unas clases adaptadas a él.

una de cada cinco personas no puede leer este texto

El abuelo sólo pudo seguir este curso durante ocho meses ya que murió pronto. Sin embargo, al ver que su estado empeoraba, decidió escribir la siguiente carta:

“Yo, Antonio Castillo muero con la cabeza bien alta y doy gracias a estos señores por la oportunidad que me han dao. Gracias a ellos he conocido un mundo nuevo lleno de libros, historias, aventuras,... y he sabido resolver dificultades que antes me angustiaban. Mi nivel de ortografía no está muy avanzao y pido perdón por si tengo alguna falta. Me gustaria que todos los analfabetos de mundo aprendieran a leer porque su vida también mejoraría”.

En el entierro, su familia leyó la carta a los presentes y tuvo tal difusión que los periódicos de la ciudad recogieron esta historia esperando que alguna vez la voluntad de Antonio se viera cumplida.

**La
Gran
Lectura**

